

Nuestro Tiempo

Noemí León Gómez*

Para mi comadre Beleme

Me preguntas si aprendí algo, la respuesta es: No, lo aprendí todo, me enseñaste a besar, me enseñaste a fumar, a callar, a gritar con la mirada que necesito! A dejar de pensar por grandes momentos en la filosofía, a llevar la vida más tranquila, me enseñaste lo que puede significar: un abrazo apasionado, las mil formas de besar, otras tantas de abrazar, a dejarme llevar por los sentimientos y abandonar la razón, me despojaste del prejuicio como quien desnuda a una virgen (una selva inexplorada, eso era yo antes de ti); despertaste lo que nadie conseguía, la pasión, un fuego feroz que me consumía, encendiste una chispa o una hoguera, qué más da. Si con sólo escuchar tus pasos, oler tu perfume, presentir tu llegada tocaste el fondo de mi cuerpo,

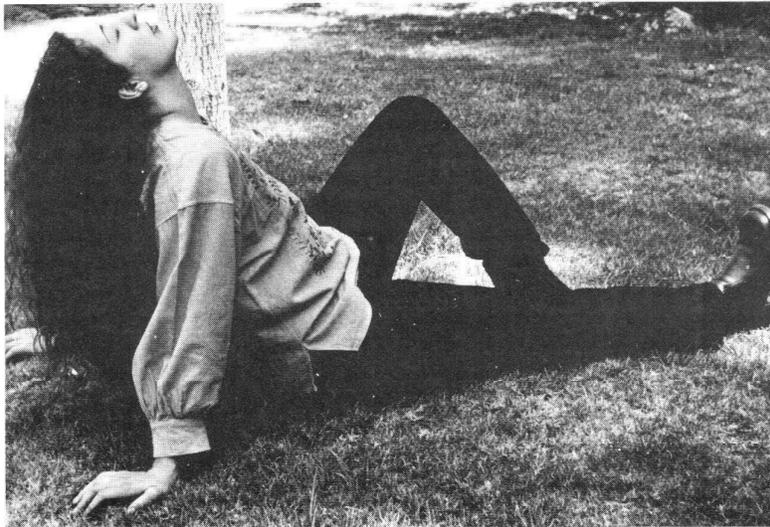


Foto: Verónica Guzmán Gutiérrez.

bebiste de mi pecho virgen, el más tímido, el más discreto; me descubriste mujer; pude comprender lo que significa un hombre, ese que protege y abraza cuando estás dormida, te besa y nada más importa. Me preguntas si aprendí algo, te contesto: No, lo aprendí todo. A tener miedo del amor, de ti, de mí, de nosotros, a sentir celos del tiempo, la calle, el recuerdo, aprendí a lavar los platos, a detenerme un momento, me enseñaste a vivir en silencio ocultando a mil gritos lo que por dentro estoy sintiendo, a fingir que no te cohozco cuando una noche anterior fuiste mío y yo de ti en todos los aspectos, me enseñaste a buscarte en lo oscuro, a ignorar una historia de butaca para juntar

y sentir nuestros cuerpos desnudos; a lamer tu boca, a morder tus dedos, a comer del plato donde estabas comiendo, a beber de tu pena el dulce amargo del deseo, aprendí también a besar tu oreja hasta hacer temblar tu cuerpo y estremecerte con mi lengua, a escuchar el ritmo agitado de tu excitación, el desenlace inmundado del pecado.

Me enseñaste también a desabrochar tu ropa (¡con dos dedos!), a seguir callando, me hiciste valiente para enfrentar a todos, si ante lo nuestro se mostraban reservados, aprendí a dolerme del amor porque desde el principio esto fue un engaño: te engañaste a ti, me engañaste a mí, los dos nos engañamos, en los besos apasionados que nos dimos, en los intentos fallidos por entregarnos. Antes de ti nada ni ilusión ni amor ni pasión, ternura o esperanza: una figura fría, de trapo,

me enseñaste el dolor hasta mis huesos, un ardor que aún siento este fuego que me está consumiendo; sentir el alma vacía, desesperada por un reencuentro, inconsolable por tu ausencia y esperando tu regreso. Aprendí a dormir despierta, a seguir soñando aún después del sueño, a mantenerme en la burbuja onírica para que nadie antes que tú, pudiera tocarme y permanecer así, inmaculada, vulnerable, esperando tu regreso ©

*Egresada de la ESIA Tecamachalco.